

# Román en la antropofagia

Par José Manuel Torres Funes

Hubiera querido regresar caminando a ese purgatorio donde todavía se podía hacer el intento por olvidar...

Pero ya no era posible – y hasta tenía las piernas muertas- porque cuando se llega a la última frontera de la civilización, donde la humanidad raya con la bestialidad, todo es abismo, y le toca a uno dormirse ahí, y saber que nunca se vuelve: Román, miraba con ojos desmesuradamente abiertos a un hombre comerse a otro.

Sabía por oídas lo que hacían los antropófagos, pero había creído – como todos- que eran figuras de la nueva mitología. Ahora se daba cuenta que ya no importaba nada porque existían; mejor dejaba a sus ojos pensar por cuenta propia, que ellos contemplaran la antropofagia. De ahí no saldría, y ninguna importancia tenía si era inmerecida su situación, se decía, estaba en el abismo, cayéndose a la impotencia. Y por lo menos todavía no se lo devoraban, como a los otros, que habían caído igual que él, gracias al basurero de destino que era el país. Pensó que lo más absurdo de todo fue no suicidarse cuando pudo: ahora, ¿para qué? A Román, además, le pasaba lo que le pasa a cualquiera que se encuentra con la verdad de un mito; al Minotauro con Teseo: imaginar qué es encontrarse con la realidad de un mito, y sin buscarlo.

Se decía de los antropófagos que vivían en la misma ciudad, pero nadie en realidad tenía el cuidado de no encontrárselos, porque a pesar de toda la miseria seguían considerando historias semejantes como locuras, por eso estaba él ahí, por eso también los que habían muerto. Conforme transcurrie-

ron los minutos (ya había comido suficiente el antropófago) el estupor se fue alejando, dejándolo solo con su miedo, que extrañamente dejaba escuchar una voz interior que le decía que pese a estar en el escenario más inhóspito de todos, todavía tenía sus piernas y la vaga oportunidad de escapar en un momento oportuno: simplemente salvar su pellejo. Algo le decía que de pronto tal vez le esperaba otra cosa. Escondido tras unos matorrales, contemplaba el espectáculo de los lindes del río pensando que quizá podría llegar un momento en el que el antropófago simplemente se fuese a dormir, pensó que tal vez llegaría el chance de escaparse. Y el dolor que le punzaba la espina dorsal se agudizó mucho más cuando de pronto aparecieron más personas, que estaban seguramente dormidas y que su limitado campo visual no le había permitido ver. Poco a poco, se acercaban para continuar el festín. Viejos, adolescentes, niños, adultos como él, que no pasaban los treinta años. Masticaban en silencio, sin ritual, desterrando su enana esperanza, sumándose a comer. No parecían muy voraces, ni muy fieros, sólo reales, como Medusa. Estaba en un espacio prohibido para los hombres, burlado de la manera más atroz por las circunstancias: la verdadera frontera, el lugar de donde nunca podremos escaparnos; cuando la imaginación más terrible termina siendo una realidad, realidad que no es el infierno, más bien un espacio donde es casi imposible moverse: un estado de quietud.

Pensó que seguramente no podría llegar la noche a cubrirlo para escaparse, pues estaba a unos metros de ellos y en algún momento tendrían que acercarse. Esperaba, sin dejar de verlos, cuando entre ellos, una figura a la que no le había puesto atención, como sacada de la costilla de un personaje del pasado, de pronto, se filtró en su pupila: una niña, de unos doce años (había aprendido a reconocer la edad entre los miserables) que devoraba con una voracidad mucho mayor que la de los otros; le llamó la atención la manera reptil en la que agarraba los pedazos de carne, sus manos puntiagudas y sus hombros filosos como dos cuchillos; tenía el pelo lacio pero enmarañado, cubriéndole los ojos,

y vestía su cuerpo a jirones. Se advertía de su rostro sólo la nariz y los dientes cuando se llevaba la comida. Más que todos, la niña parecía auténtica hija de los buitres. Maquinalmente devoraba, con la punta de sus dedos arrancaba la carne. Sin darse cuenta, mirándola Román fue olvidándose del miedo: ella tenía la agilidad de los grandes felinos, pero era tan pequeña como un gato en relación a los demás. Tenía los pies pequeños y a la distancia, parecían delicados, su piel estaba oscura por el sol, pero se notaba que era blanca. Había pasado una hora desde que llegó y de pronto, parecía haberse acostumbrado, al menos a ser un espectador impasible. Fue consciente de que había vuelto a ser dueño de sí mismo y que había una posibilidad de irse si lo hacía silente. El miedo se había largado, ya no temblaba, el dolor también se había ido, pero, otra vez se veía retenido, como al principio, por un motivo: una niña entre los antropófagos, de unos doce años, que devoraba entre las risas de los demás, que por la forma de verla, obviamente reconocían que era una anormal entre ellos. Esa niña era descomunal en todos los sentidos; demasiado pequeña, demasiado frágil y demasiado bestial, demasiado acostumbrada a comer lo que comía. ¿Habría comido carne humana siempre? No era posible, la peste había acabado con la población hacía un mes y esa antropofagia no podía ser anterior, los más miserables habían acaso compartido carroña con los buitres, pero no de hombre. Los otros también parecían haberse acostumbrado a comer la carne humana, pero se les veía en sus rostros que no siempre lo habían hecho, en cambio ella, parecía nacida para eso. No sin cierta elegancia comía, era demasiado voraz pero, elegancia no le faltaba. Román siempre había sido un especialista en reconocer la elegancia en cualquier circunstancia y estaba seguro que la miraba en esa niña, otra cosa pero finalmente elegancia, porque se comportaba como un animal de un aspecto humano, no como los demás, que se devenían más lobos que hombres. Era filuda pero delicada, caminaba así, como de puntillas, por esa razón sus pies desde un principio le parecieron hasta bonitos, aunque solamente los miraba de lejos. Era muy flaca pero la desnutrición más bien

hacía resaltar, por la poca carne que tenía, su estructura ósea, que evidenciaba unos hombros erguidos, piernas largas, cuello largo, pequeña, pero por la edad. También tenía caderas y un cuerpo que en otras circunstancias se hubiera desarrollado de otra manera. Se movía entre todos ellos como una reina, y Román, de pronto, ya había olvidado el miedo, la sensatez, la situación, sólo estaba ella, que se movía de un lugar a otro para seguir devorando al hombre; de los tobillos hasta la cintura, de la cintura hasta el cuello, después un piquetazo en el brazo derecho, otro más en el izquierdo, nuevamente bajaba a los tobillos, le viraba la pierna, mordía la parte lateral del muslo, arrancaba una parte de la pelvis, un pedazo de estómago, el cuello, sacaba carnita de los pómulos, volvía por los hombros, recorría todo el brazo, escarbando lo que todavía quedaba en el antebrazo, extraía huesos pequeños y los masticaba...

Se paraba después de varios recorridos por el cuerpo del hombre, recargaba su mano en su cintura, erguía el pecho, se acomodaba el cabello, miraba de pies a cabeza el cuerpo y luego se agachaba. Los otros, que no eran más que unas bestias vulgares y horribles, se habían ido acostando, escondiéndose de la mirada de Román quien lo percibía y sabía que finalmente tenía la oportunidad de irse, de salvarse, pero, cuando la razón estaba a un pinto de convencerlo, de repente la niña nuevamente adoptaba alguna pose demasiado femenina y demasiado humana; se sentaba en un montículo, cruzaba la pierna, se quedaba viendo el cuerpo, escarbaba sus dientes, y volvía a la carga, o simplemente volvía a recargar su mano en la cintura, como toda una princesa de la coquetería.

Así, demorándose en contemplarla, Román iba alargando el tiempo en ese lugar, y no era algo que no implicara cierta lucha consigo mismo pues estaba consciente que el sentido común le ordenaba largarse, irse, buscar otro sitio. Pero verla, le iba devorando cualquier otra intención, sabía que ya le era difícil largarse, y que resignarse a quedarse, de pronto le resultaba placentero, aunque, una parte de su mente le decía que el quedarse contenía el riesgo de ser descubierto, y además devorado por esa niña, sin que él estuviera ahí para verla

hacerlo. Contrarrestaba estos argumentos, justificando que en todo ese mes nunca antes se había sentido más feliz, y que valía la pena morir viendo lo que miraba, descubriendo lo que estaba descubriendo. Se sentía capaz de escribir en ese instante miles de poemas acerca de la belleza que encontraba en esa niña, y lamentaba no tener ningún artefacto con que valerse para escribir. Inmerso en esos pensamientos estaba cuando la niña, mientras recorría el cuerpo del hombre por enésima vez, se levantó asustada; Román en ese instante salió de su embotamiento: “¡me ha descubierto!”, y de golpe se le vino todo el miedo que había dejado de sentir: cayó en cuenta que estaba en el peor lugar que hubiera podido imaginar; la niña se descubrió los ojos, y viró su rostro en todas las direcciones. Román conmocionado, por nerviosismo, hizo un movimiento brusco, pisó unas hojas secas: la niña escuchó el ruido y miró a los demás, que estaban dormidos. Román, acostado en el suelo, vio venir su muerte. Pero la niña no despertó a nadie y con la misma tranquilidad con la que se paraba para contemplar la comida, recargó su mano en la cadera y como si escuchara el lugar, alargó el cuello. Román dejó de moverse pero ella, luego de unos segundos, echó andar, buscando, obviamente, el motivo del ruido. Primero se acercó a la ribera del río, en ese instante pensó que tendría el chance para irse, y se paró, pero, la niña supo que no provenía el ruido de ese lugar y totalmente decidida, aceleró su marcha en dirección a los matorrales donde estaba Román. El dolor de la espina nuevamente le paralizó, dejó de respirar y esperó hasta que ella se acercara. En un abrir y cerrar de ojos la niña estaba en los matorrales, y Román supo que no podría escaparse. Decidió enfrentarla, le salió al paso y la quedó mirando, pensaba que se le tiraría encima para matarla, cuando, la niña, misteriosamente, recargó su mano en la cintura. En ese momento Román supo que no podría matarla, que algo le habían conmocionado su interior: era pequeña, frágil, de huesos como aristas, de pies delicados, tenía el cabello lacio aunque enmarañadísimo, descubrió sus ojos: dos palomas doradas, bellísimos sus ojos, inmensamente grandes, verdes, más grandes que los suyos. Supo lo que tenía

que hacer: saltó hacia ella y de un solo brinco la atrapó; le tapó la boca para que no gritara, le susurró frenéticamente al oído, que no era para llorar, que él era Román y que la amaba, que no tenía doce años, que ninguno de los dos tenía edad, que eran vida, le prometía, pero un hilo de sangre corría entre las piernas de la niña.